



EL FUEGO DEL HIGHLANDER


NURIA RIVERA



MINSTREL VALLEY

El viaje para recuperar su honor puede hacer que pierda algo más que el corazón.

Angus McDonald se marcha con su padre de su pueblo natal en Escocia en busca de una espada legendaria de su familia que ha desaparecido y los acusan de robarla. Con ella restituirán la ofensa de honor que han sufrido. Casi diez años después está instalado en Minstrel Valley, su padre ha muerto y es dueño de la forja del pueblo.

Meribeth Campbell escapa de Londres con su hermana huyendo de su tío. Un percance en el camino la lleva a Minstrel Valley, allí buscará un herrero para que arregle una espada que encontró entre las pertenencias de su padre.

Angus y Meribeth se conocen por casualidad y la atracción salta entre ellos, pero cuando él descubre que ella tiene en su poder la reliquia de su familia, hará cualquier cosa para que lo acompañe a Escocia y confirme su inocencia.

Sellan una alianza de ayuda mutua sin saber que ese viaje los pondrá a prueba, que el destino entrecruza algunas vidas y los obligará a tomar decisiones inesperadas. Sin embargo, cuando la codicia y la envidia pone en peligro algo tan sagrado como el honor, Angus no está dispuesto a perder de nuevo, aunque eso lo lleve a arriesgar algo más que el corazón.

Índice de contenido

Cubierta

El fuego del highlander

Introducción a Minstrel Valley

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre la autora

Minstrel Valley es un proyecto novedoso, rompedor y sorprendente. Catorce mujeres que crean una serie de novelas gracias a una minuciosa organización que ha llevado tiempo y esfuerzo, pero que tiene su recompensa materializada en estas quince novelas que vamos a disfrutar a lo largo esta temporada. Esta labor de comunicación entre ellas, el apoyo mutuo, la coordinación y coherencia no hubiese sido posible sin nuestras queridas autoras, que hacen visible que con cariño, tiempo robado a sus momentos de ocio, de descanso y de familia, confianza, paciencia, esmero y talento, todo sea posible. Desde *Selecta* os invitamos a adentraros en *Minstrel Valley* y que disfrutéis, tanto como nosotros, de esta maravillosa serie de regencia.

*A Gabriel, en quien habita un antiguo espíritu
guerrero.*

Capítulo 1

1829. Dalavich, lago Awe,
las Highlands, Escocia

Todo estaba preparado en Dubh-Shiubhal para los festejos del cumpleaños del *laird*. Angus McDonald se sentía feliz por el acontecimiento. Su abuelo, Ferguson McDonald, el hombre más justo que conocía, cumplía sesenta años e iba a anunciar a su sucesor llegado el momento: su padre.

Aquel día, el primero del verano, sería grande en la casa familiar, y Angus también quería hacer de aquella fecha un día memorable. Tenía todo lo que un joven de diecinueve años podía desear. El respaldo de una familia y el amor de una mujer. Aunque su mayor orgullo era ser escocés. Amaba aquella tierra verde y montañosa, en ocasiones inhóspita, y pensaba que sin todo aquello no podría vivir. Tierra, familia y honor corrían por sus venas, como las aguas del lago Awe bañaban Dalavich. Por eso, ese día, pediría en matrimonio a la bella Shenna Stewart. Kenneth, su primo, no veía con buenos ojos aquella unión, y cada vez que podía se burlaba de él y lo retaba en un intento de disuadirlo.

Y en esas estaba, trataba de evitar un rasguño con la espada con la que Ken lo provocaba.

—No llores si luego te hago daño —ironizó Angus, a la vez que revisaba de reojo su entorno para ver con qué podía defenderse. Calibró si de un golpe en la mandíbula po-

día tumbarlo, pero su primo, a pesar de parecerse mucho a él, era más corpulento, y temía provocarle solo cosquillas. Miró la pared del salón y allí, en una panoplia, encontró la mejor arma con la que podría vencerlo: «la Mac», como conocían todos a la espada que era el orgullo de su familia; pero antes tenía que poder esquivarlo.

—Te dejaré ganar si me prometes que seguirás soltero —se jactó el otro—. ¿Con quién voy a repartirme a las muchachas si te conviertes en exclusivo de una?

—No sé de qué te quejas, podrás quedártelas todas.

Kenneth era hijo de su tío Gilroy; él y Catriona —los gemelos más distintos que había visto en su vida— habían sido los hermanos que nunca tuvo, y Moira, su tía, la madre que no conoció; la suya había muerto poco después de su alumbramiento. Los chicos, a pesar de rivalizar en casi todo, se apreciaban mucho, pero que Angus estuviera interesado en la hija de Stewart sacaba de quicio a su primo y no dejaba pasar ninguna ocasión para emborronar su felicidad.

—No se merece tu sacrificio.

—Lo dices porque no conoces qué es el amor —refutó.

—Eso a lo que llamas amor es calentura —se jactó Ken y lo instigó con el arma que blandía.

Angus hizo un requiebro de cadera, le mostró que correría hacia un lado y se dirigió a otro, asíó la *claymore* legendaria que presidía la sala y lo enfrentó con un exquisito juego de muñecas.

Era fuerte, aquella espada precisaba de las dos manos para sujetarse. Consiguió algunos lances, esquivó y frenó otros tantos, pero lo que detuvo el combate fue un grito severo que resonó entre aquellas paredes con verdadera cólera.

—¡Por los muertos de Culloden!

Se detuvo en seco; pero Kenneth fue arriesgado y apoyó la punta del acero que empuñaba en su pecho, cuando él bajó el arma.

—Tocado y vencido —se jactó el primo.

Con pasos ligeros, Darach, el hermano del abuelo, se acercó a ellos, derribó al primo de un empujón y a él le arrebató la espada. La supervisó con ojos críticos, como si aquellas estocadas pudieran erosionarla. Luego, con un gesto violento, trató de golpearlo. Una mano fuerte sujetó el puño que, sin duda, le habría amoratado un ojo.

—¡Darach! Le dije una vez que no volviera a poner las manos sobre mi hijo.

Reed McDonald tenía los ojos inyectados de furia clavados en su tío, y este dio un paso atrás, pero no cambió la expresión hosca. De compleción fuerte, el tío abuelo siempre había sido severo y estricto en las normas. Kenneth se levantó y se colocó junto a su primo.

—Este muchacho tuyo es un insensato —se justificó Darach receloso—. Esta espada es sagrada. La protegí mi abuelo con su vida y mi propio padre la rescató de debajo de su cuerpo entre la sangre, las piedras y el barro cuando era un niño. Se arrastró sobre los muertos que cubrían el páramo para recuperarla. Aquella era su misión y no defraudó a su padre ni a su mermada familia, que la escondieron arriesgando sus vidas. ¿Por qué demonios deshonráis con vuestros juegos su memoria?! —Los miró con rabia y luego se dirigió a Reed—. Llévatela y revisa que esté perfecta para mañana.

Kenneth y Angus se miraron avergonzados, habían crecido con aquella historia. El tío abuelo se marchó a grandes zancadas; Calder Dunn, el jefe del consejo que había observado la escena sin intervenir, les dedicó una mirada reprobatoria antes de desaparecer también de la estancia.

Reed cogió el arma y la observó, escudriñándola con el ojo del maestro formado entre la fragua y el fuego. Allí, junto al fogón en que se caldeaban los metales para después forjarlos, había encontrado la paz cuando murió su esposa, y Dougal Branningan, el herrero de Dalavich, le había enseñado todo lo que sabía. Angus también había pasado mu-

chas horas en la forja. De niño, a menudo se quedaba dormido en el suelo, esperándolo.

Angus contempló a su padre, se conocía de memoria todas las aristas de la espada y no dudó de que estuviera perfecta. La había fabricado su tatarabuelo, a semejanza de otra más antigua, del Renacimiento, y combatió en Culloiden, la batalla que sometió a los orgullosos *highlanders* y puso fin al dominio de los clanes. Tenía doble filo, una empuñadura de gran longitud con dos brazos simétricos, rematados por dos capiteles decorativos en los que su antepasado había grabado sendos *yggdrasil*, el árbol de la vida. Uno de aquellos brazos aún conservaba la marca hecha por una espada enemiga. Los extremos formaban un vértice triangular con un fuerte gavilán en la punta, que posibilitaba, a quien la esgrimía, desarmar a su oponente. Sobre la hoja, en la parte más cercana a la empuñadura se podía leer, dentro de un rosetón, las letras: «McD», de McDonald, y sobre el acero, la frase: «*Bheir teine beatha dhomh*». «El fuego me da la vida». Kenneth y él se miraron con una mueca divertida en el rostro.

—¿Os parece gracioso? —preguntó su padre con tono de enfado—. Presentaros ahora mismo en los establos. Seguro que quedan animales por atender.

Ocuparse de los caballos era un castigo, aunque a Angus le gustaba tener que cepillarlos, pero eso no lo iba a confesar y menos en aquel momento. Por el rabillo del ojo vio a su primo que trataba de escabullirse.

—¡Kenneth! —bramó Reed—. No te preocupes, yo avisaré a tu padre de dónde te encuentras.

* * *

Angus se había vestido con el *plaid* de los McDonald encima de una camisa blanca; el *kilt*, ceñido a la cintura, dejaba al descubierto sus musculosas y fuertes piernas. Acompañó a su vestuario un *sporrán* que había pertenecido a su padre

y, aunque aquella bolsa que hacía de monedero parecía vieja, él la llevaba con verdadero orgullo. Lo acomodó sobre el *kilt* y unió las dos partes de la falda con un alfiler de plata; por último, guardó una *Sgian Dubh*, la daga escocesa que él mismo había forjado, en los calcetines. Tras el ritual de la ceremonia hablaría con el padre de Shenna. La noche anterior había buscado un lugar oscuro donde tentarla. No le costó demasiado, ella lo había dejado saciar a medias el ansia que lo asaltaba, pero no había conseguido más que unos roces lascivos e infinidad de besos.

Al llegar al gran salón, Angus fue testigo de los vínculos de tradición y honor de los que siempre hablaba su padre. Miembros de antiguos clanes, familias afines a los McDonald estaban entre las primeras filas. Buscó su lugar junto a Moira y sus primos, que estaban acompañados por los miembros del consejo del *laird*, encabezados por el tío abuelo Darach y Calder, el hombre fuerte del consejo; Henry y Alfred MacArthur, grandes amigos de su padre y por James Cameron, el prometido de Catriona que acababa de ganar su favor en detrimento de un Campbell; un rico comerciante que su prima había rechazado por amar a otro.

Con orgullo observó cómo aquellas personas pasaban a felicitar y renovar su apoyo al señor de Dubh-Shiubhal, como si de un rito medieval se tratara. Muchos vestían los colores y el tartán de su clan.

Le hubiese gustado hablar antes con su padre, pero este no estaba en sus aposentos cuando fue a buscarlo. Quería pedirle que estuviera a su lado cuando solicitara la mano de Shenna. Sospechó que había ido a visitar a la mujer con la que se veía, la viuda Graig. Esperaba que dejara de ocultarse y le propusiera matrimonio de una vez. A Angus no le importaba en absoluto que Edna Graig se convirtiera en su madrastra.

Con devoción contempló el rito. El abuelo estaba al frente, custodiado por sus hijos, y parecía a la espera. Su padre lucía un rostro demasiado serio y solemne para el ac-

to, pero entendió que estaba emocionado. Le sonrió con respeto y recibió una mirada tensa. Tras unos minutos de desconcierto, el *laird* empezó a hablar:

—Hoy anunciaré de forma oficial algo que todos sabéis. El día que yo falte, mi sucesor será Reed, el mayor de mis dos hijos. Él se ha ganado el respeto de todos vosotros y estoy seguro de que, llegado el momento, será un buen señor. Justo y honorable.

Angus continuó con la vista clavada en su padre, un sentimiento de orgullo y admiración lo estremecieron.

—¡La espada! —pidió el abuelo, y aquel grito lo hizo mirar la escena—. Hermano, ¿por qué demonios no me traes la espada? ¡Calder! Ve a ver qué ocurre.

Pero en aquel momento, Darach apareció con la cara desencajada y una mirada furiosa; habló en cuchicheos al abuelo. Los dos se marcharon con grandes pasos, seguidos por Reed, Gilroy, Calder, Kenneth y él mismo sin saber muy bien a dónde iban.

Pero alguien se interpuso en su camino. Era John Stewart con Shenna. Ella debía esperar a que él fuese a su encuentro, pero se había adelantado.

—Señor, quería hablarle, pero... esperaba hacerlo junto a mi padre, permítame un momento y enseguida vendré a hablar con usted —anunció con tensión por lo que acababa de ocurrir, pero a la vez vacilante ante la esperanza que le nacía en el pecho al contemplar a su futura prometida.

—No hace falta, muchacho. Shenna me ha dicho que estás interesado en ella, pero yo tengo otros planes para mi hija. Será la esposa de un gran hombre. George Stanley puede darle todo lo que ella merece.

—¿El-el señor Stanley? —preguntó Angus perplejo. Si algo hacía que Stanley fuese grande no era solo su fortuna, sino sus muchos kilos y años—. Shenna... —La llamó, necesitaba ver qué le decían sus ojos.

Ella tuvo la osadía suficiente para enfrentarlo.

—¿Qué esperabas, Angus? —preguntó y señaló con la mano al lugar que minutos antes había estado ocupado por su padre, su abuelo y su tío. Aquellas palabras fueron como una daga que se clavaba en su corazón—. Yo quería ser algún día la señora de Dubh-Shiubhal, pero falta una eternidad para eso; sin embargo, ser la señora más rica de Dalavich tampoco es poca cosa y está al alcance de mi mano.

Sintió cómo su corazón se rompía. Lo tenía engañado, no era a él a quien amaba, sino un lugar, una posición y fortuna. Ni siquiera intentó detenerla cuando ella se dio media vuelta y salió corriendo. Lo último que vio Angus fue su melena rubia alzarse al viento. Se tragó todas las emociones que lo estrujaron por dentro, tenía que saber qué había pasado con el abuelo; luego... luego iría a emborracharse.

Apenas había dado unos cuantos pasos fuera de la sala, cuando dos hombres del consejo lo interceptaron.

—Te esperan en el despacho.

Entró custodiado por ellos. Al primero que vio fue a su padre. Su abuelo, Gilroy, Kenneth, Darach y el consejo al completo estaba allí reunido.

—¿Qué ocurre?

—Darach nos ha contado que ayer desenvainaste la Mac, en un juego con tu primo —dijo el abuelo y señaló a Ken, este fue incapaz de enfrentarlo.

—Lo siento, señor, fue mi culpa. Padre ya me censuró por ello. No volveré a hacerlo —trató de justificarse—. Darach le ordenó que la puliera para hoy. Pero no le ocurrió nada, es una buena arma.

Darach, como aludido, se dirigió a su padre y le preguntó con inquina.

—¿Qué hiciste con ella?

Le sorprendió el tono, parecía una acusación.

—Repito que la limpié y la dejé en su lugar —respondió Reed, Angus tuvo la impresión de que su padre contenía el ánimo—. Yo no me la llevé.

¿Lo acusaban de llevársela?

—Tienes deudas. Di, ¿qué has hecho con la Mac? ¿La has vendido? —preguntó Calder con animadversión—. ¿Has podido dormir tranquilo tras esta fechoría?

—Mi padre no ha hecho nada —soltó Angus con enfado.

—Tranquilo, Angus —pidió Reed con semblante sereno; luego, mudó el tono a uno con reproche—. Y tú, Calder, no embarres mi nombre. Siempre he saldado mis deudas. —El otro lo miró desafiante—. Tráeme a alguien a quien no le haya cumplido. Tengo la mente muy tranquila, soy inocente de lo que me acusas.

—No me tires de la lengua —replicó Calder y se ganó una mirada furiosa de Reed, que se le acercó con el puño alzado, se lo estampó en toda la cara y le partió la nariz. El hombre se limpió la sangre con rabia—. ¿Así buscas respeto? —porfió con ironía y luego se dirigió a Ferguson—. Déjame que avise a la guardia, ya verás que pronto confiesa.

Darach los separó y Ferguson llamó la atención de Calder. Angus se acercó a su padre y trató de calmarlo, para que este no volviera a golpear al hombre del consejo.

—Contén tu lengua, Calder. Nada de autoridades, leyes, ni jurados que condenen o absuelvan sin pruebas. Esto lo resolveremos en familia, con el honor del clan, no con la ley de Escocia.

—Será mejor que la entregues, Reed —intervino Gilroy—. Si es una broma, es muy pesada. ¿O es que pensabas que no serías elegido y que padre y el consejo optarían por mí como el más adecuado para el puesto? ¿Dónde la tienes?

—¿En serio me preguntas eso, hermano? —replicó. Angus contemplaba la escena con la angustia galopando por sus venas—. ¿Tú también quieres probar mis puños? ¿Pero es que nadie me cree? —Reed giró sobre sí mismo y clavó los ojos en todos los presentes—. Habláis de leyes, de justicia, de llamar a la guardia... Deberíais creer en mi palabra, en mi honor y buscar la Mac debajo de las piedras, si es

preciso. A saber dónde puede estar ahora. Estamos perdiendo el tiempo discutiendo aquí.

—Si no lo haces por padre, hazlo por tu honor —insistió Gilroy.

¿Cómo podían dudar de su padre? No era difícil adivinar que la espada había desaparecido y lo culpaban. Pero se equivocaban. No conocía a nadie más orgulloso y con más apego al honor. Era absurdo pensar que él la había escondido, robado o vendido. Respetaba la tradición tanto como la ley. Sabía que para sellar la sucesión se debía besar la espada como señal de continuidad, aceptación y fidelidad. No iba a sabotear aquel ritual por el que sería nombrado sucesor del *laird*; ni siquiera si hubiera sido Gilroy el designado. Era de locos pensar aquello.

—¿Cuestionas mi honor? Vale tanto como mi sangre —objetó Reed con indignación—. ¿Pero es que nadie me cree? Todos me conocéis. Soy inocente de lo que me acusáis.

—Las pruebas te acusan, hijo. Darach dice que te la llevaste, tú dices que la devolviste. En la fragua, Branningan dice que no te vio con ella.

—¿Qué pruebas? ¿Acaso habéis hallado algo en mi cámara?

Como si sus palabras fuesen humo, Ferguson continuó.

—Ya sabes lo que pasará si no la entregas...

Hubo un duelo de miradas entre su padre y el abuelo, la tensión podía cortarse con un cuchillo.

—No la tengo —reconoció—. Quizá mientras me acusáis de robar la Mac, alguien está cabalgando con ella escondida en su montura.

—¿Quién podría querer impedir un rito? —preguntó Darach—. Solo tú al pensar que no fueras el elegido. Sabes que el consejo barajó la idea de que Gilroy fuera más apropiado que tú para el cargo.

—Yo jamás desoiría al consejo, ni una decisión de mi *laird* —argumentó Reed—. Quizá Calder tiene otras inten-